

Y en tus ojuelos deja  
 bañados en sonrisa  
 que ebrio de amor y gozo  
 todo el placer exprima.  
 Y ardiente y juguetona  
 responde á mis caricias,  
 y deja, hermosa Fili,  
 á todos ya que digan.  
 ¿No ves en los verjeles  
 las aves parlerillas?  
 ¿no ves que en sus amores  
 de otras jamás se cuidan?  
 Nunca arrullada y tierna  
 la blanca palomita  
 triste se recatara  
 de la ajena malicia.  
 Cuando el osado amante  
 sus besos solicita,  
 las encrespadas alas  
 ella también le pica.  
 Y cuando al fin ardiente  
 dichoso se publica,  
 tal vez, Fili, es su gloria  
 mirarse ya vencida.  
 Y entonces en sus ojuelos  
 amor más dulce brilla  
 cuando el orgullo añade  
 los triunfos á las dichas.  
 Tú también, amor mío,  
 sensible las imita,  
 si tanto me idolatras  
 á gloria ten ser mía;  
 y mientras que en mi fuego  
 tus glorias se repitan,  
 goza, dichosa Fili,  
 y al mundo todo olvida.

## O D A

Del aterido invierno  
 se acercan ya los fríos,  
 los árboles coposos  
 desnudos ya los miro.

Y en la agrupada nieve  
 blanquean revestidos  
 de copos desatados  
 donde el verdor ha sido.

En el lontano oscuro  
 brillan los altos picos  
 del recio Guadarrama  
 todos encanecidos.

Naturaleza triste  
 llora el tiempo perdido,  
 y en lluvias se deshace  
 y espera al blando estío.

Mas ¿á mí qué? si el orbe  
 se anega, mis amigos,  
 y los torrentes bajan  
 del monte desprendidos.

Si en mi cerrada choza  
 Fili se está conmigo,  
 y aun más que Fili á veces  
 cien odres de buen vino.

Y en tanto que sus galas  
 y el verde primitivo  
 recobra el campo alegre,  
 hoy mustio y aterido;

Y en la estación de amores  
 divierto yo el oído  
 en canciones ligeras  
 de sueltos pajarillos;

Y gozo en la floresta  
 oloroso tomillo,  
 y blancas azucenas  
 y balsámico mirto;

O miro á las zagalas  
 en juegos no aprendidos  
 cual leves mariposas  
 girar en torno mío;

Y en la festiva tarde  
 bailar con sus queridos,  
 sus miembros agitando  
 al son del caramillo;

O en la ribera grata  
 del onduloso río  
 las aguas sucederse  
 sobre su cauce antiguo;

O la naciente hierba,  
 apenas ya nacido,  
 segar, junto á la oveja,  
 el saltón cabritillo,

Los ecos fatigando  
 por desiguales riscos,  
 sencillos, discordantes,  
 sus trémulos balidos;

Y el lanudo carnero  
 y el toro embravecido  
 á su pareja ardiente  
 buscar de amor ardidios.

En tanto que esto gozo,  
 y el tiempo en raudo giro  
 torna á la tierra joven  
 de Primavera el brillo;

Para pasar las noches  
 del hivernoso frío,  
 las híadas pluviosas  
 para escuchar tranquilo,

Ni amores de una bella  
 me faltan, ni un amigo,

ni una enraciada bota,  
ni menos falta un libro.

En vano proceloso  
cruzando en el ejido  
los vientos se combaten  
sonando agudos silbos.

Al fuego conversamos,  
juntos allí reímos  
del que ignorante busca  
los placeres mentidos.

Que para aquel se guarda  
la dicha, que, entendido,  
el tiempo como viene  
recibe así tranquilo.

De rato en rato un vaso  
en que rebosa un vino  
más dulce que aquel néctar  
del celebrado Olimpo,

Vaciado á la redonda  
en turnos repetidos  
mil veces se ve lleno  
y otras tantas vacío.

El techo es un reparo  
á la inclemencia y brío  
del aquilón furioso  
que brama de continuo.

En la dudosa llama  
tenemos luz y abrigo,  
y aunque en rústica choza  
no del palacio envidia.

Del bosque separado  
al más gigante pino  
parece ya deshecho  
quejarse en mil chasquidos.

No aquí del avariento  
el oro enmohecido  
penetra ponzoñoso  
á mi feliz retiro.

Que del amor deseosos  
tan sólo y el buen vino,  
si todos son felices  
son igualmente ricos.

Y aquel que alegre danza,  
y duerme bien bebido,  
y es rico aquel tan sólo  
que quiere y es querido.

Ni menos de la corte  
el macilento vicio  
á las bellezas trujo  
sus juegos más lascivos.

Y andar aquí bien puede  
desnudo el ciego niño  
si en la ciudad viciada  
va de rubor vestido.

No sabe aquí la hermosa  
como al fiel pastorcillo  
se puede, infiel amante,  
dar trato fementido.

Que á amor le guarda sólo  
la zagala sus lirios,  
y nunca los profana  
sino el que es de ellos digno.

Ni fué jamás besada  
sino es de su querido  
la simple zagaleja  
que una vez bien le quiso.

Y aquí en la choza alegre  
placeres son sencillos  
los que al trabajo siguen  
del día fenecido.

Y á veces si Corilda  
se viene con Mirtilo  
de esbeltas aldeanas  
y pastores seguidos;

En darles de aquel néctar  
grande placer sentimos,  
y en que la copa apuren  
del jugo del racimo;

Y en ver que alborozados  
riñen enardecidos  
el premio de las danzas  
que reparte Cupido.

Llueva, pues, y granice  
y tiemble estremecido  
el antes firme suelo  
que sin cuidados piso;

Del cielo el trueno airado,  
del aire los bramidos,  
alteran esos pechos  
que abrigan el delito.

Que no del daño ajeno  
me reconviene el mío,  
y en ruinas caiga el orbe,  
si quiere, desunido;

Que en tanto de las bellas,  
del saludable vino  
felice disfrutando  
y al lado de un amigo;

Me tengo por dichoso  
cuando el vellón mullido  
recibe en su blandura  
mis miembros adormidos;

Y cuando ya á la aurora  
del trabajo el aviso  
me vuelve á dar del gallo  
el canto matutino.

## LA FLOR DE CINTIA

No, Cintia, dés á Anardo  
la linda florecilla  
que tienes en tu seno,  
mi amor, tan escondida.

No se la dés; advierte  
que á Anardo si la fías  
al punto entre sus manos  
verás tu flor perdida.

Que á todas igualmente  
la pide, si son lindas,  
y luego la deshoja  
una tras otra hojita.

Dámela á mí, que el pecho  
á nada más aspira  
sino á libar su aroma,  
dejándola enterita.

Y luego que á mis labios  
la toque, bella Cintia,  
verás como la vuelvo  
intacta florecita.

## AL TERREMOTO DE 1829

Urbs antiqua ruit, multos dominata per annos  
. . . . . crudelis ubique  
Luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.  
Virg. Æneid. L. II.

¿Dónde, Genio del mal, yace escondido  
tu asolador poder que al orbe aterra?  
¿Dónde procaz de mortandad henchido  
sus fuerzas torna á devastar la tierra?  
Genio que hasta laalzada Cinosura  
la tu crinada crencha de serpientes  
alzas ufano, y en el mar profundo  
el cauce huellas con la planta impura;  
que, como arista, el mundo  
del uno al otro polo sacudiendo  
le vas de luto y congojado lloro  
y de pavor cubriendo,  
¿dónde la osada mano,  
¡oh! Gigante del mal! dinos, en dónde  
contra el débil humano  
con su influjo fatídico se esconde?

¿Quién al destrozo universal te incita?  
¿Quién armó con el rayo fulminante  
esa diestra fatal? ¿Será llegado  
de derruirse el orbe ya el instante?  
La ancha espalda se agita  
de la tierra entreabierta, y un acento  
en su seno retumba desgarrado,  
que semejante le propaga el viento  
al ronco estruendo que lanzó el nublado.

El huracán ruidoso  
de la abrasada Sirte desprendido  
cuanto raudo recorre va talando,  
de las ardientes alas  
miedo y horror vertiendo proceloso  
y en derredor la muerte propagando.

La hora llegó fatal. Del hondo seno  
de la tierra indignada  
protervo el Genio en funeral gemido  
«muerte» gritó, y el eje conmovido,  
de mortandad preñada  
se abrió la tierra, y al ambiente puro  
con fuerza destructora  
muerte lanzó; y en el abismo oscuro  
la ardiente lava hierve bullidora;  
con alto estruendo horrisono estallando  
estremecido el suelo,  
hechos ardientes cascos  
contra el sereno cielo,  
montes rompiendo, despidió peñascos.

Chócase el monte con el monte alzado  
y ambos á par deshechos  
con sus altivas cimas  
de pinos coronadas y de helechos  
del agitado suelo desaparecen,  
y al mortal, que el fragor tímido escucha,  
inmenso llano en su lugar le ofrecen,  
humilde resto de la ardiente lucha.  
Aquí donde la fuente  
dar al cansado viajador solía  
hospitalaria su cristal luciente,  
mortal infesta aparecida ría  
de abrasadoras lavas ponzoñosas  
las vegas, otro tiempo deliciosas,  
que ya trocadas en erial desierto  
de estériles arenas se han cubierto.

Los profundos veneros  
donde el diamante nace esplendoroso,  
y el oro puro y la luciente plata,  
hechos inmensa hoguera  
dejan ardidos su mansión primera,  
con la preciada piedra refulgente,  
que en líquidos arroyos se desata,  
y al asombrado día  
rompiendo el valladar que los tenía  
se derraman en férvido torrente.

Ya tiemblan conmovidas las ciudades,  
el huracán en su recinto zumba,  
y al suelo hundida la falaz techumbre  
sobre el tímido humano se derrumba.

El alta torre de apiñada piedra  
 que hasta la alzada nube,  
 de hierro armada, á desafiarla sube,  
 en el cimientto hondísimo dudosa  
 á la cabaña igualase humildosa.  
 Y el ancho mar entonces,  
 en sus inmensos términos estrecho,  
 al horroroso impulso  
 líquidos montes de encrespadas ondas  
 saca del hondo lecho  
 de la agitada Tétis, y en la orilla  
 las deja y vuelve y con rabiosa espuma  
 ardiendo en ira suma  
 las provincias amaga,  
 y de la endeble resistencia airado  
 hombres y brutos y ciudades traga.

Así un tiempo también firme existía  
 la Atlántida famosa,  
 y la Libia en sus yermos arenales  
 á la fecunda América se unía;  
 mientras tu mole inmensa y espumosa  
 no dijo con palabras eternas,  
 «sepárense los juntos hemisferios,  
 y sea ya de hoy más al uno ignoto  
 el otro opuesto mundo.»  
 Y el continente anchísimo y remoto  
 sumiste, mar voraz, en el profundo.

Nueva Cartago Ibera,  
 teatro antiguo de sangrientas luchas,  
 que en tus vencidos muros  
 de Scipión tremolaste los pendones,  
 ya el suelo amaga tu cercana ruina.  
 ¿Cuál te gritan, no escuchas  
 en derredor cien pueblos derribados?  
 «Nada en escombros, dicen, separados  
 te servirán tus fuertes torreones.»  
 Asombrado el guerrero  
 desde la inerme losa,  
 donde ha siglos reposa,  
 hoy mal segura, entre el desorden, fiero  
 de indignación alzando su semblante,  
 mira el destrozo y en su asiento antiguo  
 á Murcia sacudida vacilante.

Y tú de las Hespérides antiguas  
 verjel siempre florido,  
 coronado de eterna primavera,  
 feliz recuerdo del Edén perdido;  
 tú que en la rica falda  
 de preciada esmeralda  
 ostentas en las ramas orgullosas  
 las bellas pomas de oro deliciosas

¿será también que en el volcán hundida  
 así de nuestro suelo desaparezas  
 como al nacer del mundo, ya perdida  
 de los primeros padres la inocencia  
 se hundió á sus ojos la mansión querida,  
 cuando el Tigris y Eufrates  
 en su seno sus ondas revolcaban  
 y el Fisón y el Gehón, ya luengos climas  
 por largo tiempo en la corriente undosa  
 de su vasta riqueza engalanaban?

Gime el anciano sobre el yerto anciano,  
 llora el amigo el insepulto amigo,  
 y el hijo pequeñuelo,  
 tendiendo al pasajero débil mano,  
 pídele amparo y paternal consuelo,  
 y el regazo materno, que enemigo  
 el volcán le robó; la casta esposa  
 del adorado dueño despartida,  
 en el dolor sumida  
 lenta fallece cual cortada rosa.  
 Como idumea palma que la cresta  
 hacia el Olimpo con orgullo enhiesta,  
 si el huracán furioso  
 corre implacable y hiere  
 el seno fresco, hermoso  
 á la truncada compañera, al punto  
 vase el verdor lozano marchitando  
 y mustia muere la cerviz doblando.

El gallardo mancebo que anhelante  
 al lecho intacto de escondidas flores  
 su pudorosa amante  
 virgen conduce en plácidos amores,  
 donde apurar espera los placeres  
 el abrasado pecho, encuentra solo  
 tumba fatal con despiadado dolo.  
 No ya orlado de rosas,  
 que en su lugar le ciñen  
 lúgubres ramos de ciprés funesto  
 las sienes amorosas  
 y la estancia anhelada  
 trocó en sepulcro con su amor y amada.

Congojosa en las ruinas tierna madre  
 el fruto de su amor entre sus brazos  
 oprime con exánimes abrazos,  
 y el hijuelo alimenta  
 del resto infirme de su escasa vida,  
 y de la sed fallece, y ya no alienta,  
 y grita, y por el ámbito sonante  
 retumba el eco de su voz no oída.  
 Muere y el tierno infante

en lágrimas inútiles deshecho  
sobre el cadáver gime,  
y del exhausto pecho  
la muerte sólo ponzoñosa exprime.

Tímida virgen temblorosa y pura,  
aquí dudando entre el feroz amago  
al padre anciano que miedoso sigue  
lejos conduce del fatal estrago  
por incierto camino  
á la merced vagando del destino.  
Antígona piadosa el muro alzado  
de alta Tebas huyendo,  
así también un día  
al padre mutilado  
la horrorizada patria discurriendo  
de la sangrienta mano conducía.  
Así también Eneas, de las llamas  
á la futura Roma libertando,  
en la frigia ribera,  
el padre encanecido  
espaldado á las naves condujera.

Tierra, tierra fatal á tu habitante,  
que en tu hondísimo seno  
al malo injusta igualas con el bueno,  
¿por qué cuando tirano  
el fiero domador del ancho mundo  
á dominar tus términos trajera  
sus huestes vencedoras, y doloso  
de afrentosa opresión y servidumbre  
el grito horrible diera,  
por qué entonces terrible de tus montes,  
oh tierra, no moviste  
la peñascosa cumbre,  
y al agresor hundiste  
bajo su derrocada pesadumbre?  
Y cuando el Guadalete,  
testigo á tanto mal, entre sus olas  
con asombrados ojos  
vió chocarse con árabes despojos  
lanzas, cotas, adargas españolas,  
para salvar la patria del oprobio  
¿por qué tu ardiente saña  
al vencedor no hundía,  
y al muelle godo que en la triste España  
el patrio hogar al árabe cedía?

Mas ¿cuál á mis oídos llega en tanto  
dulcísimo un acento?  
Enjuga el triste labrador su llanto,  
que en la tormenta fiera  
de alma beneficencia el eco suave  
se esparció por el viento,

y al noble esfuerzo de virtud sublime  
alzarse ve su habitación primera.  
Cese, humanos, un punto  
el triste sollozar de aquel que gime.

De el Turia caudaloso  
á la nevada cumbre del Pirene,  
y al contrapuesto astur sonó la fama  
el eco del lamento congojoso.  
En noble compasión hierven los pechos  
y acorren con ardor vuestros hermanos  
á levantar vuestros caídos techos.  
Dame, Anfriso, tu lira entretrejida  
de rosas mil, que en célicas guirnáldas  
gracias y amores plácidas orlaron,  
cuando á tu voz del Betis aplaudida,  
*virtud* sus cuerdas de oro resonaron,  
*alma beneficencia* repitiendo,  
cuando el saber bebiendo  
en la florida margen del Uliso  
cantara Apolo y escribiera Anfriso.

Tu blanda voz en torno resonaba:  
«hombres, hermanos sois; vivid hermanos»  
y no ya de dolor amargo lloro  
el oprimido humano derramaba:  
lágrimas dulces en ferviente coro  
de amor y compasión sólo vertía  
y á tus sonoros cantos aplaudía.  
«Y soy felice, clama enternecido,  
si ya enjugar el llanto  
me es dado de mi hermano en el quebranto  
y en soledad amarga descáido.»

La tímida hermosura generosa  
si no inmensa riqueza,  
al entusiasmo de virtud gloriosa  
el fruto da de fraternal terneza,  
y su canto le ofrece,  
y cuanto más piadosa  
muy más bella aparece,  
y la blanda armonía  
al infeliz aduerme que gemía.

El hombre al claro ejemplo  
sus virtudes imita  
y de la alzada gloria al alto templo  
ya trasportado grita,  
«mientras el hombre aliente  
no su mísero hermano se lamenta.»  
¿Dónde el que dijo impío  
«no hay ya virtud» se esconde?  
Los ojos tienda á la inmortal España,  
ruja el monstruo implacable,

y «aun hay virtud» á su pesar gritando,  
 á la voz del Eterno  
 con su funesto bando  
 tórnese á hundir en el profundo Aver-  
 (no.

Mas ¿qué? ¿de nuevo el destructor in-  
 (cendio  
 torna á prenderse? En balde humilde lloro,  
 y súplicas y ruegos y lamentos  
 exhala en sus tristísimos acentos  
 el humano infeliz; desapiadado  
 torna á mover el Genio  
 el muro quebrantado  
 y torna á derribar, y fuego y muerte  
 de las entrañas del volcán lanzando,  
*¡piedad!* en balde resonara en torno,  
 que su poder infando  
 pueblos enteros en la tierra esconde;  
*¡piedad!* escucha, y sangre,  
 y horror, y muerte y destrucción respon-  
 de.

La confusión se aumenta y el ruido;  
 abrasadores rayos  
 entre el fragor de horrísono estallido,  
 y encendidas hogueras  
 el monte lanza, y trueno, y nunca acaba  
 de dar al viento la encendida lava;  
 vanse del ancho cráter derramando  
 largos arroyos del hirviente fuego,  
 eterna destrucción infanda luego  
 en su calor mortífero llevando.  
 No ya tu santo fuego, sacra musa,  
 inspirado demando.  
 Genio inmortal de Plinio malogrado,  
 tú que á rasgar el velo misterioso  
 de la naturaleza fuiste osado,  
 ven, y el modo revela portentoso  
 cómo el orbe movido hasta el cimiento  
 vacila en su dudoso fundamento.  
 Ven, mártir de la gloria,  
 y tu arrojo publica denodado,  
 y tu claro renombre  
 eternal en los fastos de la Historia  
 á la posteridad laureado asombre.

¿Por qué braman los vientos encerra-  
 dos?

¿El fondo se halla del abismo inmenso?  
 ¿Qué encendida materia reproduce  
 el humo opaco y denso?  
 ¿Quién la mecha conduce  
 y á los senos la acerca resguardados?

¿Cuál fué la mano que movió primera  
 la ingente masa, y sanguinaria y fiera  
 el cráter entreabrió, que al golpe insano  
 la muerte vomitó? ¿Por qué se extiende  
 del ocaso á la aurora  
 la mano asoladora?  
 ¿Y quién el genio ha sido  
 que el orbe desquiciando  
 en el mal complacido  
 le fué de lloro y de terror llenando?

¿Qué voz empero del preñado vientre  
 del volcán abrasado  
 rauda se esparce por el ancho viento,  
 y cual trueno sonante  
 que lejos se oye en la región distante  
 sube á herir el alzado firmamento?

Y «ciegos, grita, conoced mortales  
 »la mano del Señor que en las alturas  
 »del empinado monte  
 »hoy su trono asentó; de gloria lleno  
 »desniveló en su saña el horizonte.  
 »Esos horrendos males,  
 »á vuestra débil comprensión arcanos  
 »males no son humanos.  
 »El que impulsa los orbes refulgentes  
 »en curso igual por el espacio inmenso,  
 »y en él los equilibra, los ardientes  
 »volcanes encendiera  
 »y á trechos en el orbe los pusiera.»

Sí, inmenso Dios; tu brazo poderoso  
 en el trastorno universal se ostenta,  
 De santo amor tu inmenso poderío  
 y de temor sagrado tu alta ira  
 llenan el pecho mío,  
 y el ignorado canto respetoso  
 suena en tu honor la desusada lira.  
 La mente sublimada  
 á los pasados siglos se traslada,  
 y tu poder conoce prodigioso.  
 Tú que alteras el mundo,  
 el mismo, Señor, fuiste  
 que en el Gólgota alzado,  
 para borrar al hombre su pecado  
 en rudo leño redentor moriste.  
 Y la tierra tembló, y el claro cielo  
 de oscuridad cubrió sus luces bellas;  
 rasgó el templo su velo;  
 los muertos sus sepulcros agitaron,  
 y de las yertas losas quebrantadas  
 pálida frente pavorida alzaron;  
 y retrembló el abismo.

Tú fuiste entonces el mismo,  
cuando á la faz del suelo y las estrellas,  
hombre, débil morías,  
y Dios, el universo estremecías.

Tú que en Siná de majestad velado  
al hombre hablaste en la encendida zarza,  
¿Quién á mi canto diera  
que á tu sublime alteza remontado  
el olvido venciera?  
Como atrevida garza  
que ufana hendiendo la encumbrada nube  
á contemplar el sol ardiente y vivo,  
en raudo vuelo por el éter sube;  
tu grandeza cantara y alto nombre,  
y el brazo poderoso,  
cuando el crimen triunfando  
tus iras provocaba contra el hombre,  
y maldición eterna pronunciando,  
de tu obra primera pesaroso,  
mares, Señor, lloviste,  
y al mundo en ellos vengador sumiste.

Al escogido pueblo en servidumbre  
á tu clemencia plugo  
romper airado el ominoso yugo  
y á Israel libertar; de la alta cumbre  
de la fatal pirámide ensalzada,  
nuncio de llanto y mortandad maligna  
sobre el Nilo extendió su mano armada  
el ángel de tu Gloria,  
y al débil concediste la victoria.  
Los fuertes sucumbieron,  
y del fértil Egipto  
los hijos primogénitos cayeron.

Y tú las aguas con robusta mano  
en apartados montes sostuviste  
é Israel las cruzó; y entonces ufano  
también quiso á pie enjuto  
cruzarlas el impío.  
Tu mano sustrajiste,  
y las aguas sobre él se desplomaron,  
y con su enorme peso lo abrumaron.

Tú paz al enemigo le enviaste  
y desprecióla ciego y maldecido,  
y al rónico son del cántaro rompido,  
á la tierra en tu ira  
de Jericó los muros igualaste.  
Alzó la frente impura  
de nuevo el crimen y el puñal sangriento  
poniéndole en la mano  
«hiere, al hombre gritó, hiere á tu hermano.»

Y al torpe Sodomita licencioso  
lanzaste fuego ardiente,  
y con la infiel Gomorra eternamente  
á llamas á Sodoma redujiste  
y en pavesas al aire la esparciste.

Piedad, Señor, piedad. ¿Será que acaso  
los orbes fabricaras,  
y en el espacio inmenso los volcaras  
para destruirlos luego? Hasta el ocaso  
desde el remoto oriente  
tu infinito poder el hombre siente.  
Y volver á la nada  
puedes, Señor, el universo entero  
con sólo imaginarlo si te agrada.

Tú cuando tronador el Mongibelo  
hasta el alzado cielo  
escupe de Sicilia los peñascos,  
y el hervidor Vesubio arroja en torno  
del encendido horno  
masas informes en ardidos cascos,  
y Trinacria y Parténope movidas,  
entre espesa ceniza oscurecidas,  
ven abierto el abismo,  
con tu dedo tú mismo  
al destructor volcán el fuego prendes  
y sus fraguas hondísonas enciendes.  
Y entonces tu poder la ingente masa  
de la tierra abarcando,  
oigo crujir el eje rechinando.  
La alta torre sacude y la cimbreo  
tu diestra omnipotente,  
y la ciudad antigua titubea.

Así un tiempo ostentaron su belleza  
de los pueblos vivientes ya borrados  
Herculano y Pompeya, y su firmeza  
cediendo á los furores  
del inquieto volcán, sus moradores  
tristes fueron con ellos sepultados.  
Así también cayó del fiero luso  
emprendedor y activo  
la famosa ciudad, cuyo cimientó  
el itacense navegante puso.  
Y así ¡oh dolor! también acaso un día,  
ciudades opulentas  
cuyo orgullo á los siglos desafía;  
Cádiz que el pie ostentosa  
sobre la inquieta espalda zozobrosa  
del mar inmenso de olas turbulentas,  
como tu antecesora, firme asientas;  
y tú, antigua Granada,  
que sobre fuego movedor la frente

levantas á la célica morada;  
 tú que en la Alhambra al arrogante moro  
 entre púrpura y seda y perlas y oro,  
 viste ostentar la pompa del Oriente:  
 también caeréis acaso al golpe crudo,  
 y entonces al pasajero  
 en silencio de ruinas elocuente  
 moviendo á derramar copioso llanto  
 seréis objeto funeral de espanto.

No empero el triste punto fué llega-  
 (do:  
 cesa, inquieto volcán, la ardiente guerra  
 que á la llorosa tierra  
 nuncio fatal de llanto y desconsuelo  
 del seno ardido entre fragor le envías,  
 que aun más felices días  
 tornarán á lucir al quieto suelo.  
 ¿O será, Jehová, que por ventura  
 en tu funesta saña  
 sabio decretas en la mente pura  
 borrar del orbe la afligida España?

Piedad, Señor. ¿Acaso no bastaron  
 tantos siglos de pena todavía  
 de llanto y destrucción y de tormentas  
 que la espelunca impía  
 lanzó contra mi patria? ¿No apuraron  
 los iberos la copa envenenada,  
 que más borrasca á la borrasca aumentas?  
 En su sangre vertida  
 y en sangre de sus hijos empapada  
 ¿lavar sus hondas culpas no pudieron  
 las abundosas fuentes  
 del amargo penar inagotables  
 que tantos siglos por su mal corrieron?

No más tu saña á su doliente ruego  
 sorda, en fragor continuo  
 brote la destrucción; en sus horrores  
 que la tierra aquietada cese luego;  
 rico y ópimo fruto  
 torne á dar de su seno fatigado,  
 y cese el llanto y desparezca el luto.  
 El iris vuelva á rutilar gayado  
 de mil colores y á su brillo augusto  
 cuando el eco de paz al orbe suena  
 muera en su germen mismo  
 el roedor gusano de la pena.  
 A su lugar bajando  
 vuelvan los mares á su cauce á unirse,  
 y á la abrasada arena  
 furioso rebramando  
 torne funesto el huracán á hundirse.

Obediente al esfuerzo de tu brazo  
 al lloroso mortal naturaleza  
 leda sonría en maternal regazo;  
 y los caudales ríos ondulosos  
 que al lejos se lanzaron  
 y las fértiles vegas inundaron,  
 mansos conduzcan á remotos mares  
 su quieta espuma en nuestros quietos lares.

Y en tanto que el humano himnos entona  
 á tí, Señor, y tu poder ensalza,  
 y ya pasada la fatal tormenta  
 ledo sus techos derruidos alza;  
 enjugando á los míseros el lloro,  
 sobre el yermo volcán tus altos hechos  
 pasando en la memoria,  
 pueda yo en lira de oro  
 sonar tu excelsa gloria,  
 y de blanda ternura  
 con entusiasmo noble embebecida  
 el alma en la virtud hermosa, y pura,  
 de inmensa admiración, y de suave  
 ardiente gratitud, en dulce canto  
 trueque feliz el congojoso llanto.

## EPIGRAMAS

Llamas, Fabio, á tu papel  
 con petulancia *sagrado*;  
 por eso se alberga en él,  
 Fabio mío, tanto malo.

Si has de poner por justicia  
 á cuantos te llaman necio,  
 no nos pongas uno á uno,  
 pon, Fabio, al público entero.

AL CONCIERTO DADO POR LAS BELLAS DE MANTUA  
 EN LA PLATERÍA DE MARTÍNEZ  
 PARA SOCORRO DE LOS DESGRACIADOS DEL TERREMOTO

## SONETO

Llegó en sordo lamento al Manzanares  
 El grito de los pueblos que cayeron,  
 Y piadosas sus bellas le ofrecieron  
 El fruto de sus célicos cantares.  
 Llevólo el eco hasta los hondos mares  
 Y su llanto los tristes suspendieron,  
 Y á sus acentos asombrados vieron  
 De nuevo alzarse sus antiguos lares.  
 Como en Grecia dulcísimo y sonoro  
 Hiriendo el aire el poderoso canto  
 Blando pulsaba Anfión la lira de oro;



Y en techos y columnas se ordenaban  
Las piedras, atraídas del encanto,  
Y la discorde Tebas levantaban.

## ANACREÓNTICA

## EL BESO

¿Por qué, si te hizo bella,  
más pura que la aurora,  
el ciego Dios de Gnido,  
más que su madre hermosa,

Por qué de enojo y rabia  
tu frente se colora  
cuando al descuido un beso  
mi labio al tuyo roba?

Si late henchido el pecho  
del fuego que atesora,  
si tus bullentes pomas  
al juego me provocan,

¿Querrás que nunca necio  
la timidez deponga,  
y el corazón sofoque  
la llama en que rebosa?

Si quieres que respete  
tu boca encantadora,  
deja, Célida, luego,  
deja de ser hermosa.

¿No ves cómo atrevida  
la hiedra vigorosa  
al olmo se entrelaza  
con osadía loca?

En vano de su triunfo  
el noto la despoja,  
en vano la rechaza  
el ábrego que sopla.

¿No ves cómo animada  
esfuerzos mil redobla  
y sube sin respetos  
hasta abrazar la copa?

El laso caminante  
perdido que se embosca,  
que con la sed ardiente  
el crudo can agobia,

Si siente allí cercana  
la fuente bullidora,  
¿ves al raudal sonante  
cual sin temor se arroja?

Por más que la corriente  
oiga murmuradora,  
el labio seco aplica  
sobre las puras ondas.

¿O ya á la abeja nunca  
cabe á la esbelta rosa  
de su capullo abierto  
ves respetar las hojas?

No más tu rostro airada  
con gravedad compongas,  
por más que en tus mejillas  
mi ardiente labio ponga.

Ni deja más señales,  
cruel, mi ardiente boca,  
cuando atrevidos labios  
á tus carmines tocan,

Que por el éter puro  
el ave voladora,  
ó el plomo despedido  
que por su mal le corta,

Que deja impresa huella  
en las fugaces olas,  
frágil barquilla osada  
que por los mares boga.

Ni es fácil que Lisardo,  
que tus caricias goza,  
de extrañío labio aleve  
la huella reconozca.

Que el beso fugitivo  
en la ocasión dichosa,  
tan luego cual se imprime,  
tan luego ya se borra.

Mas si el rigor insano  
de tu venganza loca,  
ni ya mis besos quiere,  
ni el dártelos perdona,

Devuélveme, Celida,  
el que te dí yo ahora,  
y en paz quedemos luego  
y á tu amistad me torna.

Julio 1829

AL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE FRÍAS PIDIÉNDOLE  
SEA PADRINO DE SU BODA

## ROMANCE

Deja la templada lira  
por más que sus ecos dulces  
el sagrado coro Aonio  
con célico asombro escuche;

Tú en quien la Fortuna amiga  
con admiración reúne  
los laureles de Helicon  
de la cuna al claro lustre;

Deja que mi tosca musa  
el fúnebre llanto enjague,  
que cabe el perdido amigo  
por tus mejillas discurre;

Que si ya la yerta losa  
sus tristes despojos cubre,  
basta que sobre ellos tierno  
una lágrima tributes.

Ya la antorcha de Himeneo  
que amor á encender acude  
al blando pecho de Silvia  
alegre á mis ojos luce.

Ya las rosas pasajeras  
del tálamo se descubren,  
que la espina punzadora  
entre las hojas encubren;

Que ¡ay triste! el ardor del pecho  
y el volcán que le consume,  
marchitando su frescura  
ni las dejára que duren.

Así á mirar el capullo  
rasga el sol la espesa nube,  
y hasta el cáliz por gozarle  
sus vivos rayos conduce.

Ni ve que su mismo fuego  
presto su beldad destruye,  
y que donde el goce empieza  
el placer allí sucumbe.

Ya me brinda de Himeneo  
sonriendo alegre el numen  
del placer la ardiente copa  
para que ansioso la apure.

Ya el amor que hacer eterno  
jura el lazo que nos junte  
la joven palma de Silvia  
á su templo restituye.

Y ya sobre el ará antigua  
quiere el cielo que nos une,  
que amante y esposo á un tiempo  
constancia eterna la jure.

Mas no la vid amorosa  
al cielo enlazada sube  
sin que del olmo robusto  
la alta firmeza la ayude.

Ni jamás el nido pone  
con la compañera dulce  
el amante pajarillo  
sin que antes el bosque cruce.

Y de la pomposa encina  
la sombra amiga procure,  
y amparado se cobije  
bajo la hojosa techumbre.

No es mucho que antes que el cielo  
nuestros destinos anude,  
porque á mi enlace presidas,  
á tu amistad me refugie.

Tú me deja cuando Silvia  
ruborosa el *sí* pronuncie  
y haga mis dichas eternas  
en el lazo indisoluble,

Que oiga á tu sombra seguro  
cuanto la Fama divulgue  
y de sus ruidosos ecos  
contigo á la par me burle.

¿Qué á mí sus débiles voces,  
por más que á mi oreja zumben,  
como á tu amparo me acoja  
y Padrino te salude?

Que así dos tiernas palomas  
que ven bajar de la cumbre  
turbas de gárrulas aves  
que devorarlas presumen;

Si en sus pechos inflamada  
del amor la ardiente lumbre,  
su blando y sabroso yugo  
de Cipria al carro las unce,

Al hueco tronco seguras  
de sus robadores huyen,  
el vano rumor escuchan  
que no miedo las infunde.

A la margen del arroyo  
que entre guijuelas discurre  
así el céfiro gozoso  
besa las flores voluble,

Y como, abierta la rosa,  
su suave aliento disfrute,  
deja en impotente esfuerzo  
al arroyo que murmure.

Cuando ya pródigo el cielo  
nuestros votos asegure,  
á tí, infanzón, su fe pura  
el garantizarle cumple.

Y aquel ¡ay! que antes liviano  
sus juramentos excuse,  
las tormentas de Himeneo  
sobre su cabeza anuble.

Así si yo en la borrasca  
miro matizar las nubes  
un iris en tí gayado  
que la tempestad conjure.

Vuelva al tálamo Himeneo  
no bien mis bodas alumbre  
la hermosa que de tu lado  
larga distancia desune;

Y un infanzón generoso  
á par de la bella núbil  
conceda á tu amor paterno  
que herede tu nombre ilustre:

Que cuando algún extranjero  
al león de España insulte,  
así á vengar sus baldones  
el invicto acero empuñe,

Como en la paz duradera  
cuando las ciencias escude,  
de sus mayores ostente  
fiel las ínclitas virtudes.

Ni para tí la Fortuna  
su curso próspero mude,  
ni jamás el infortunio  
con sus cadenas te abruma;

Y ni el artesón dorado  
el sacro coro rehuse  
cuando con divinos sonos  
la lira inspirada pulses;

Si en la deseada aurora  
con tierno afán, noble Duque,  
al placer de ser esposos  
el de ser tus hijos unes.

Agosto 1829

AL EXMO. SR. D. MANUEL VARELA

I.º DE ENERO DE 1830

Implore tu ardiente lumbre  
el Genio, Musa, en buen hora,  
que al son del bronce tronante  
alza el grito de victoria.

El que es á cantar osado  
entre los rayos de Arcola,  
de Austerlitz entre los truenos  
al vencedor de la Europa.

Y en dulce emoción ardiendo  
de gratitud la alma ansiosa,  
mi blanda lira en suaves  
acentos el viento rompa.

Si falta el estro radiante  
que al Genio sublime endiosa,  
para enardecer mi pecho  
fuego á la virtud le sobra.

O tú, Varela, que enjugas  
del triste la faz llorosa,  
tú que el raudal atajaste  
á la pública congoja,

Acepta en humildes tonos  
mi dulce ofrenda obsequiosa,  
que mi corazón sincero  
de agradecido blasona.

Si canté bajo tu amparo  
la alta ruina asoladora,  
y sobre el triste colono  
la torre que se desploma:

Sobre el montón de ruinas  
para el bien más poderosa  
tu mano que la del genio  
maléfico asoladora,

Del alto templo que airado  
el ronco huracán destroza  
lanzas de nuevo á las nubes  
la cúpula esplendorosa.

Y cuando la erguida cresta  
de nuevo enhiesta orgullosa,  
tu alto nombre murmurando  
al Olimpo se alza y toca.

Blandas márgenes del Miño  
que visteis brillar la aurora,  
que á las ninfas de Hipocrene  
será de eternal memoria,

Las que en su cuna ceñisteis  
las guirnaldas olorosas  
del nuevo blasón de España  
á la frente brilladora;

La verdad, las simples gracias  
de vuestras gayas pastoras,  
sus dulcísimos acentos  
prestad á mi voz sonora.

Suele así brillar más pura  
en verjel fragante rosa  
cuando de aurora apacible  
sus suaves matices toma.

Que cuando el can ardoroso  
con vivos rayos la dora  
también con mentido halago  
la marchita y la deshoja.

Sin tí, Varela, las musas  
de la Hesperia congojosas  
vieran hollar la ignorancia  
los laureles de Rioja,

Y fugitivas de un suelo  
que la ignorancia baldona  
juguete al rencor contrario  
aun gimieran silenciosas.

Mas ¿qué sirve—el rubio Apolo  
gritó entonces—que recojan  
con osada frente lauros  
tantas liras españolas,

Si su canto no escuchado  
en el silencio se ahoga  
cual suele del bronce herido  
morir vibración sonora?